



Pita González, Alexandra. "José Ingenieros y el juvenilismo. La crítica a la Sociedad de Naciones, 1923-1925".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2025, vol. 14, n° 33, pp. 54-65.

José Ingenieros y el juvenilismo

La crítica a la Sociedad de Naciones, 1923-1925

José Ingenieros and the Youthism
The Critique to the League of Nations, 1923-1925

Alexandra Pita González¹

ORCID: 0000-0003-1211-0365

Recibido: 17/12/2024 || Aprobado: 25/02/2025 || Publicado: 21/03/2025
ARK CAICYT : <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/qqnmwsggr>

Resumen

El presente trabajo reflexiona acerca de la crítica que realizó el intelectual José Ingenieros a la Sociedad de Naciones a través de la respuesta que dio a una encuesta en 1923 y a un discurso que dictó en París en 1925. El análisis de estas dos intervenciones nos remite al concepto de juvenilismo de Ingenieros, tan importante y presente en otros textos del autor. La defensa del juvenilismo como concepto, pero también como representación no solo de un sector de estudiantes sino también de un nuevo mundo en donde debería gobernar la meritocracia, se contraponen a una Europa, y sus derivados. La Sociedad de las Naciones será entendida desde la decadencia europea a partir de lo anti meritocrático y la corrupción de los ideales. Este argumento fue utilizado como una excusa para contraponer el organismo ginebrino a la Unión Latino Americana, pero también como una vía de incluirse en los debates sobre la crisis civilizatoria. Así, el análisis de una conferencia y una encuesta permite como textualidades entender desde la perspectiva de redes intelectuales la relación entre intencionalidad y consciencia histórica.

Palabras clave

Sociedad de Naciones; José Ingenieros; juvenilismo; Unión Latino Americana.

Abstract

The present work reflects on the criticism that José Ingenieros made of the League of Nations through the response that he gave to a survey in 1923 and a speech he gave in Paris in 1925. The analysis of these two interventions refers us to his concept of the juvenilism, important and present in other texts of the author. The defense of juvenilism as a concept, but also as a representation not only of a sector of students but also of a new world here meritocracy should govern, is opposed to a Europe and its derivatives. The League of Nations will be understood from the European decadence from the anti-meritocratic and the corruption of ideals. The argument was used as an excuse to contrast the Geneva organization with the Latin American Union, but also to include itself in the debates of the civilizational crisis. Thus, the analysis of a conference and a survey allows us to understand, as textualities, the relationship between intentionality and historical consciousness from the perspective of intellectual networks.

Keywords

League of Nations; Jose Ingenieros; juvenilism; Unión Latino Americana

¹ Doctora en Historia, profesora-investigadora de la Universidad de Colima. Estudió licenciatura en la Universidad Nacional de Córdoba y de posgrado en El Colegio de México. Trabaja en la Universidad de Colima desde el 2004. Autora de más de 50 publicaciones dedicadas a la historia intelectual de América Latina, las publicaciones periódicas, las redes intelectuales y diplomáticas. Ha recibido Premios y Menciones nacionales e internacionales. Es editora de la Revista de Historia de América (desde el 2017) y ex directora del Centro Universitario de Investigación Social de la Universidad de Colima (2021-2024). Miembro del SIN desde el 2004 con nivel II y de la Academia Mexicana de Ciencias. Contacto: apitag@ucol.mx.



Introducción

El presente trabajo reflexiona acerca de la crítica que realizó el intelectual José Ingenieros a la Sociedad de Naciones a través de la respuesta que dio a una encuesta en 1923 y a un discurso que dictó en París en 1925. Consideramos que esto es un aporte dado que, dentro de las numerosas menciones o estudios que existen sobre este intelectual durante ese período, que se identifica como latinoamericanista, poco o nada se vincula con el internacionalismo que proviene de la organización ginebrina conocida como Sociedad o Liga de las Naciones. La excepción es el trabajo de Mariano Plotkin, quien lo interpreta como la reacción de un intelectual de la posguerra que, desde años antes, venía voceando sus cuestionamientos, apuntando hacia el fin de la hegemonía moral de Europa. Coincidimos con esta vinculación, y con el que la respuesta (tanto por su formato como por su contenido), buscaba ubicar al intelectual argentino en una posición de importancia, propia de quien puede “dar lecciones de ética intelectual a una Europa recién salida de las llamas” (Plotkin, 222-224)

Sin embargo, tanto la encuesta como su respuesta, merecen ser analizadas con mayor profundidad, tomando en consideración el contexto del internacionalismo de la Sociedad de Naciones. Se requiere, asimismo, relacionarlas con la conferencia dada en 1925, sobre la que nada se menciona en la bibliografía usual. Así, sin ánimos de confrontar sino de sumar, este trabajo espera profundizar en estas dos exposiciones de Ingenieros que, a primera vista, parecen desconectadas entre sí y podrían considerarse una singularidad o rareza dentro del contexto de producción de Ingenieros en esos años. Resulta necesario observar el lugar que tenían estas críticas en el “pensamiento ingenieriano” y hasta donde se utilizan viejas matrices para interpretar situaciones nuevas.

Específicamente, el análisis de estas dos intervenciones nos remite al concepto de juvenilismo de Ingenieros, tan importante y presente en otros textos del autor. Partimos de la idea inicial de que tanto en la respuesta al cuestionario como en la conferencia pronunciada en París, lejos de ser una rareza o contradicción, el internacionalismo fue una vía de entrada para recuperar viejos binomios conceptuales, en especial los que acuñó en 1913 con su obra *El hombre mediocre*. La defensa del juvenilismo como concepto, pero también como representación no solo de un sector de estudiantes sino también de un nuevo mundo en donde debería reinar (gobernar) la meritocracia, se contrapone a una Europa en crisis y sus derivados. La Gran Guerra y la creación de la Sociedad de las Naciones estarán, por tanto, ensombrecidas por una inevitable decadencia producida por lo antimeritocrático, por la corrupción de los ideales.

Una sociedad de los espíritus y su encuesta

Como gustaba afirmar el intelectual francés Paul Valéry, la existencia de la Sociedad de las Naciones (SDN) requería, previa y necesariamente, de la existencia de una Sociedad de los Espíritus, entendiendo por esta un grupo de expertos capaces de generar una “conciencia universal”. Identificándolo con el baluarte civilizatorio occidental pero alejado del cientificismo positivista, el espíritu al que hacía referencia era tan real como inmaterial, equivalente a la idea de una humanidad que se albergaba en las mentes claras de la cultura (Valéry, 13).

Durante el período de entreguerras, una forma de materializar esta “sociedad de los espíritus” se hizo posible en un organismo denominado Cooperación Intelectual. Así, los ciudadanos de estas geografías imaginarias impulsaron una propuesta cultural dentro de una propuesta política internacional más amplia como lo fue, tras la firma del Tratado de Versalles, la creación de la Sociedad de Naciones en 1919. Este organismo buscaba fomentar la paz a través del uso de mecanismos de arbitraje y negociación, y la Cooperación Intelectual estuvo ausente durante una primera etapa, pese a los intentos de la delegación belga de crear un Comité

Internacional de Relaciones Intelectuales para el desarrollo de las relaciones morales, científicas y artísticas internacionales. La propuesta cayó en el vacío debido a que las delegaciones de Inglaterra y Estados Unidos de América se opusieron a discutir el tema al considerar más urgente resolver problemas causados por la guerra, como la economía y las finanzas. Poco después, los delegados de Francia y Bélgica volvieron a insistir, y Julien Luchaire redactó un proyecto de Convención con el fin de crear un organismo permanente para la cooperación. El tema volvió a ser sugerido en reuniones posteriores por distintos interlocutores hasta que la Asamblea aprobó, en septiembre de 1921, la creación de un Comité Internacional de Cooperación Intelectual (CICI), para examinar las cuestiones concernientes a la cooperación intelectual. Sus integrantes fueron nombrados en mayo de 1922 y celebró su primera reunión tres meses después.

Para dar inicio a sus actividades, se eligió un nutrido grupo de personalidades de la ciencia y las artes, entre las que se encontraban el físico Albert Einstein y Madame Curie. La comisión estaba presidida por el filósofo francés Henri Bergson (1859-1941). Este Comité se proponía: mejorar las condiciones materiales de los trabajadores intelectuales (similar a lo que hacía la Organización Internacional del Trabajo para los trabajadores industriales), fomentar las relaciones intelectuales internacionales a través de una organización que los unificara recogiendo y publicando información sobre sus reuniones y sus actos, y reforzar la influencia de los trabajadores intelectuales en la política exterior (ámbito hasta entonces reservado para los políticos, diplomáticos, militares y funcionarios). Distribuyó su trabajo en tres subcomités con el fin de crear un círculo de expertos: el de bibliografía, el de relaciones interuniversitarias y el de propiedad intelectual, cada uno integrado por 4 o 6 miembros que pertenecían al mismo comité, aunque muy pronto comenzaron a agregarse nuevos miembros externos y nuevos subcomités de especialistas, algunos de carácter permanente y otros convocados sólo cuando se necesitaba tener una definición u opinión sobre un tema específico (Kolaza, 18-24).

De todos los organismos integrantes de la Sociedad de Naciones, el de Cooperación era, sin duda, el más intelectual, en su sentido elitista y meritocrático (ideas con las que Ingenieros comulgaba), dentro de esa República de las Letras. Además, y dado que el objetivo del Comité era crear una consciencia internacional a favor de la paz (o al menos en contra de la guerra), no era extraño que sus integrantes se proclamaran antimilitaristas, idea que tampoco era ajena al pensamiento ingenieriano y que compartía con otros antiimperialistas latinoamericanos.

Esto explica que una de las primeras medidas que tomó la CICI durante su primera sesión, celebrada del 1 al 5 de agosto de 1922 en Ginebra, fue la de investigar las condiciones de los “trabajadores intelectuales”. Para esta primera aproximación, se decidió realizar una encuesta a escala internacional, y se solicitó a numerosos intelectuales destacados a nivel internacional que respondieran un cuestionario. La SDN autorizó al Comité para que realizara dicha encuesta el 13 de septiembre de 1922 y, pocos meses después, numerosos intelectuales comenzaron a recibir una carta en la que se les invitaba a responderla. Como mencionaban en la misiva, habían escogido el cuestionario porque consideraban que era un método que cumplía con los criterios científicos para tomar “la temperatura intelectual del mundo y del estado presente de la civilización”. Como paso previo se consideraba necesario realizar un sondeo de opinión entre “personalidades eminentes del mundo de las ciencias, las letras y las artes”.²

Compuesto de nueve preguntas, el cuestionario se iniciaba con una de las preguntas más extensas, compuesta a su vez de varias interrogantes, que buscaban que se estableciera un balance histórico del pasado reciente de la vida intelectual en los últimos diez o quince años. Para ello, se solicitaba que los encuestados enfatizaran las modificaciones más importantes que se habían dado en las diversas actividades intelectuales, calificando en cada caso si hubo

² CEDINCI, fondo José Ingenieros, Sección A.6.1 Correspondencia dirigida a José Ingenieros, Caja 2, 1904-1924 artículos y comentarios.

adelanto o regresión, así como si existía disparidad entre la producción realizada en distintas actividades. En caso de que la respuesta fuera negativa, esperaban que los encuestados propusieran qué podría hacerse para generar el esperado “progreso”.

Es evidente que existía una preocupación por medir de algún modo el impacto de su producción y, con ello, la inserción que podía tener la intelectualidad en otros ámbitos. Por eso, la siguiente pregunta solicitaba que se evaluara el valor de la producción intelectual y que se puntualizara si este interés se traducía en un éxito comercial o si encontraba dificultades para ello. Para responderla, se debía tener en cuenta tanto la valoración de sus pares como del público, la prensa y el Estado. Nada se mencionaba acerca de partidos ni de otro tipo de agrupaciones políticas, por lo que el interés de la Comisión se circunscribía a saber en qué medida la actividad intelectual influía en o era influida por “el estado de la moralidad pública”. Vemos aquí la fuerza que tiene la moral como un tema que atañe a los intelectuales en el sentido de intervención sobre los asuntos públicos.

Otro grupo de preguntas nos remite al intento por definir un cuadro impresionista en el que, desde los trazos más gruesos hasta las pinceladas más finas, pueda transmitirse el sentido de las filiaciones ideológicas y políticas de los intelectuales de cada país, subrayando la posición que ocupan dentro y fuera del campo intelectual. En este contexto vemos aparecer la preocupación sobre el cómo se reclutan los especialistas de las diversas especialidades intelectuales, con el fin de evaluar su preparación técnica y si ésta influye directamente en la situación económica de la que gozan o si se encuentran (aun estando bien preparados) con dificultades laborales.

Un aspecto de especial interés para la Comisión era el indagar sobre las organizaciones intelectuales que existían en el país. Recordemos que la Cooperación Intelectual Internacional requería de la creación de Comisiones Nacionales que sirvieran de interlocutores locales, por lo que este aspecto era de vital importancia para establecer futuros contactos más que para el balance general solicitado. Así, el cuestionario preguntaba sobre el funcionamiento y los recursos con que contaban las organizaciones intelectuales locales existentes, solicitando al encuestado que mencionara también aquellas otras organizaciones que sería deseable que existieran.

En este sentido, se preguntaba específicamente sobre las vinculaciones que tenían estas organizaciones con otras personas u organizaciones del extranjero, con el fin de establecer las posibilidades de mejorarlas a fin de establecer una organización intelectual. Esta preocupación por la capacidad de vinculación internacional era retomada al preguntar cuál era la influencia del extranjero en los medios de información de que se disponía en cada país para formar a los intelectuales y si podía medirse la influencia de la vida intelectual nacional sobre el extranjero. Por último, y teniendo en cuenta las futuras actividades a desarrollar por el organismo de Cooperación Intelectual, se solicitaba, al igual que en las otras preguntas, que se explicase de qué manera podían generarse posibilidades de mejora y qué otros desarrollos podían preverse.

Respuestas, afirmaciones y nuevas preguntas

Para cuando el cuestionario llegó a sus manos, Ingenieros se encontraba dedicado a enseñar las verdades que consideraba importante difundir entre los jóvenes universitarios, buscando, desde un lugar contestatario al régimen político, dar respuestas a la sociedad. Había centrado su actividad en la difusión de las ideas, tanto propias como ajenas, a través de la publicación de

numeroso artículos y libros, al tiempo que mantenía su práctica profesional particular como médico para asegurar la subsistencia familiar y la de sus emprendimientos intelectuales.³

Su vertiginosa trayectoria intelectual, iniciada a fines del siglo XIX, incluía un amplio espectro de actividades desplegadas como militante del partido socialista, secretario de un expresidente argentino, médico psiquiatra, docente universitario, investigador, escritor y director de publicaciones periódicas. Con este amplio bagaje cultural, Ingenieros se permitía escribir con libertad sobre temas de política, psiquiatría, criminología, filosofía, sociología, literatura, historia y ética.⁴

Por ello no es extraño que se le haya extendido la invitación como tampoco lo fue el que éste respondiera y aprovechara la ocasión para aumentar su reconocimiento internacional y, con él, apuntalar una crítica que había iniciado años antes sobre la sombra de barbarie que aquejaba a Europa. La carta recibida por Ingenieros está fechada el 15 de enero de 1923 y fue publicada pocos meses después, junto con su respuesta, en la *Revista de Filosofía* (Ingenieros, *Encuesta...* 1-11).

La respuesta de Ingenieros es extensa y se inicia congratulándose de sí mismo por haber recibido dos invitaciones: una como cultor de estudios filosóficos y otra por su prestigio en los estudios científicos. Crea cierto suspenso para el lector cuando anticipa que no responderá a todas las preguntas, dejando de lado aquellas dedicadas a “pequeñas cuestiones de interés puramente regional”, para dar una opinión más general en la que “omitiría toda mentira convencional” (Ingenieros, 1). Con ello, manifiesta una vez más su posicionamiento como intelectual comprometido al considerarse, al igual que otros intelectuales de la época, como parte de esa “república verdadera”. Desde un lugar respaldado por su autoridad moral, estos intelectuales reclamarían para sí la facultad de articular una visión de la sociedad y sus

³ La cantidad de libros y artículos que publicó sobre filosofía, psiquiatría, política y criminología es muy extensa, por lo que sólo cabe mencionar las más conocidas: *Simulación de la locura* (1900), *Al margen de la ciencia* (1908), *Criminología* (1913), *El hombre mediocre* (1913), *Hacia una moral sin dogmas* (1917), *La evolución de las ideas argentinas* (1918), *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (1918), *Las doctrinas de Ameghino* (1919), *Los tiempos nuevos* (1921).

⁴ Nació el 24 de abril de 1877 en Palermo, Italia. Sus padres emigraron por razones políticas debido a su militancia socialista, primero a Montevideo y después a Buenos Aires. En esta ciudad, José Ingenieros realizó sus estudios primarios y secundarios hasta ingresar a la Universidad para estudiar la carrera de Medicina. Durante su época de estudiante en la secundaria encabezó una huelga estudiantil y dirigió un periódico titulado *La Reforma* (1892). Simultáneamente se afilió al Partido Socialista Argentino a través de uno de sus núcleos iniciales, el Centro Socialista Universitario, creado en diciembre de 1894 por un grupo de estudiantes de medicina. Hacia mediados de la década del 90, al constituirse formalmente el Partido Socialista Obrero Internacional (que cambiaría su nombre posteriormente por el Partido Socialista Obrero Argentino), ocupó el cargo de primer secretario, al lado de Juan B. Justo como presidente, partido en el cual militó activamente hasta 1899. En ese año abandonó la militancia en el partido para desafiliarse luego por desavenencias con su presidente en 1902 y no regresar jamás. Durante su militancia en el partido fundó y dirigió, junto a Leopoldo Lugones, el periódico *La Montaña* (1897). En la primera década del siglo XX, fue secretario del expresidente argentino Julio A. Roca, mientras se dedicaba a la práctica de la medicina, por medio de la cual participó en importantes Congresos Científicos (el Quinto Congreso de Psicología en Roma, marzo 1905, Congreso Científico Panamericano en Washington, 1915) y se convirtió en director de la publicación *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría* (1902-1913). Ocupó varios puestos relevantes en relación con la psiquiatría y asumió como docente en la Universidad de Buenos Aires, cargo al cual renunciaría en 1911 por desacuerdos con una medida tomada por el Poder Ejecutivo Nacional. Entonces partió hacia Europa, donde realizó algunos estudios y escribió algunas de sus obras más importantes. Tras su regreso en 1914, fue reincorporado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde dictó cursos y conferencias sobre filosofía, ética y metafísica. Junto a esta actividad inició, entre 1915 y 1917, dos grandes proyectos editoriales: la colección de *La Cultura Argentina* y la *Revista de Filosofía*. En el primer gobierno reformista en 1918 fue nombrado vicedecano de dicha facultad, mientras proseguía con el dictado de la Cátedra hasta que en octubre de ese año renunció por divergencias personales (Tarcus, *Diccionario...* 312-316).

problemas, con el único objetivo de alcanzar la verdad y no reducirse a ser un mero vehículo de expresión de un grupo social o profesional (Halperín Donghi, 55-56).

Esta visión se articulaba con la idea de las “minorías cultas”, la cual había constituido un núcleo temático desde el inicio de la producción de Ingenieros. Poseedoras de las herramientas que otorgaba el poder de la ciencia y la razón, estas minorías ilustradas estaban destinadas a movilizar la conciencia popular revolucionaria oprimida por la clase dominante, mientras evitaban ser proletarizados por parte del Estado a través de la dependencia de un salario (Terán, 21-22).

Dispuestos según el orden previsto en las preguntas, los nueve puntos en que se desarrollan las respuestas cumplen de manera irregular con lo solicitado, siguiendo como criterio la intención de Ingenieros de llevar el debate hacia determinados temas. A nivel general, esto se observa en la desigual extensión de las respuestas: algunas ocupan varios párrafos mientras que otras son escuetas, limitándose a una breve relación que se intensifica por su tono irónico. Con ello daba muestras de que no iba a limitar su análisis a un balance de la situación intelectual de su país —como pretendía el cuestionario—, sino que utilizaría estas páginas para analizar aquellos aspectos que consideraba vitales para el diagnóstico de la actualidad social en general.

Dados los fines propuestos en este trabajo y considerando nuestra idea de partida sobre la influencia del juvenilismo, no seguiremos el mismo orden del cuestionario, sino que agruparemos las respuestas en dos apartados. De este modo, pretendemos señalar el interés de Ingenieros en utilizar el cuestionario para enfatizar el papel de aquel joven meritocrático destinado a las grandes obras que poblaba sus escritos desde, principalmente, la aparición de *El hombre mediocre* (1913). De este texto se ha escrito mucho, dado que es un parteaguas en la vida de Ingenieros como intelectual. Solo mencionaremos aquí que de él nos interesa rescatar, en relación con este trabajo, su carácter moralizante y pedagógico al resaltar el arquetipo del idealista como un ser superior. En “la moral de los idealistas” Ingenieros da por sentado que los jóvenes tenían en potencia la capacidad de desarrollarse para pasar de un idealismo romántico a uno crítico, lógico, necesario para una elite cultivada a través del mérito (Pita y Bruno, 205-207).

a) La sombra de la gran guerra: viejas y nuevas generaciones

Al igual que otros observadores contemporáneos, Ingenieros ve que la Primera Guerra Mundial funge de parteaguas, delimitando histórica y socialmente el inicio del fin de una política parasitaria que carcomía a la humanidad desde sus entrañas. La importancia del suceso fue analizada en un proceso de larga duración que tendría como primera etapa el trabajo “El suicidio de los bárbaros” hasta la famosa Conferencia del Teatro Nuevo celebrada en noviembre de 1918 y titulada “Significación histórica del movimiento maximalista”, en la que refleja su alejamiento de la política norteamericana del presidente Wilson (y sus famosos puntos para la paz mundial), al tiempo que incluía, con gran expectativa, los nuevos recursos que había puesto en marcha la revolución rusa.

Posteriormente, en lo que serían sus últimos años de su vida, esta inquietud se mantuvo a través de artículos y libros en los que, de manera directa o implícita, abordó una crítica férrea al viejo y decadente orden político que aún se perpetuaba en la posguerra. Esta crítica, basada en la concepción transformadora de una sociedad como organismo que se encuentra en permanente cambio (siguiendo una concepción evolucionista de la sociedad que no habría de abandonarlo jamás), consideraba que debería enterrarse por completo ese viejo orden para dar paso a la creación de una nueva humanidad, guiada por una nueva generación.

En este sentido, no es extraño que, en relación con la primera pregunta, Ingenieros afirme que el interrogante está mal elaborado, puesto que, sin explicitarlo, la Comisión se

proponía averiguar sobre la influencia que tuvo la Primera Guerra Mundial y su inmediata posguerra en el desenvolvimiento intelectual. De haber estado bien formulada la pregunta, sostiene Ingenieros, se encontraría en ella misma la respuesta. Tras este señalamiento crítico, organiza su respuesta en torno al impacto que tuvo la guerra en la vida intelectual de América Latina. Partiendo del supuesto de que esta parte del mundo es un “joven gajo de la intelectualidad europea, con las variantes impresas en ella por nuestra propia constitución sociológica”, no juzga sorprendente que, aunque en diversa escala, las investigaciones científicas hayan sufrido un estancamiento o incluso un retroceso causado por la guerra, al igual que sucedió en Europa. Con excepción de la ciencia aplicada que habían desarrollado los Estados beligerantes, la regresión del espíritu científico es para él un hecho, por lo que se advierte la escasez de producción científica y filosófica “desinteresada”, salvo casos como el de Albert Einstein (Ingenieros, *Encuesta...* 2).

Este panorama no difiere en mucho de la Argentina, donde en los últimos diez o quince años sólo se había producido un acentuado progreso en los estudios históricos y literarios, mientras en la ciencia la producción original era escasa. Para Ingenieros, la regresión del espíritu científico era un síntoma de la perturbación de la moral científica en general, y este verdadero mal del cuerpo social –siguiendo la lógica organicista– era causado por la “filtración en los dominios del saber del malsano particularismo localista, el patrioterismo”, que habían inculcado Alemania y Francia. Por ello, lo único que podía hacerse para el progreso de la actividad intelectual era esperar la muerte de toda una generación mundial que de una u otra forma había tomado partido durante la guerra, esto es, de los intelectuales que para 1914 se habían contagiado del “enloquecimiento general”. Así, la locura europea era vista desde el concepto del parasitismo, tan reiterado por Ingenieros en otros textos.

El intelectual argentino considera a estos hombres como “incurables” al encontrarse “inhabilitados” para el espíritu científico, algo que resulta de la vida apasionada que llevaron durante la guerra, por lo cual morirán “germanófilos o aliados”. En su reemplazo, los más jóvenes, que tenían por entonces entre 20 y 30 años, deberían convertirse en los guías de la política internacional, misión social tras la cual, después de cinco o veinte años, las naciones convulsionadas volverían a encontrar un estado de equilibrio. Durante este periodo de transición, sería lógico pensar que la vieja generación que se encontraba por entonces al mando de la vida pública se ocupara de problemas prácticos, dejando para más adelante la construcción de un nuevo régimen en el cual la cultura europea y, con ella, la americana renacieran en un sentido pleno, que es para Ingenieros solo y a través de ideales. Esto se apoyaría en gran medida en el cambio generacional.

En síntesis, y para retomar de algún modo el interés de la Comisión por evaluar el progreso de la vida intelectual, lo único que podría hacerse sería contribuir a la “desmovilización de los espíritus”. Esta tarea, empero, era casi imposible, si se consideraba que los intelectuales habían sido movilizadas intencionalmente con fines propagandísticos por los Estados beligerantes, dividiendo en facciones enemigas sus opiniones como pensadores. La magnífica obra tampoco podría ser realizada por la SDN, a la cual Ingenieros acusaba de no ser un genuino organismo de paz sino una “transmutación del supremo consejo aliado que actuó durante la guerra”. Esto no podría realizarse mientras no fueran parte de ella otras potencias (Estados Unidos, Rusia y Alemania) y otras naciones “civilizadas”. Así, desde el inicio de la guerra, lo único que se observaba, a su juicio, era un descenso en la moral política, económica etc., y el reinado de un ambiente inmoral a nivel mundial, el cual no era favorable para el desarrollo de la actividad intelectual (Ingenieros, *Encuesta...* 6).

b) Los cambios sociales y las fuerzas morales

Al intentar definir las filiaciones ideológicas y políticas de los intelectuales de su país, y ubicarlos en relación con el resto de la sociedad, el cuadro impresionista que elaboró Ingenieros partió del detalle local para alcanzar una explicación donde los protagonistas fueran de nuevo los jóvenes. En su opinión, el público en general se interesaba muy poco por los estudios científicos o filosóficos, dado el incremento mundial de otras actividades que rendían culto a la violencia (como el box y otros deportes). Para Ingenieros era entendible que el éxito comercial de las obras que producían los intelectuales fuese negativo. Ningún escritor o científico vivía de las ganancias que obtenía con la venta de sus libros (salvo algunas novelitas cortas que habían adquirido algún valor comercial). Los trabajadores intelectuales vivían con estrechez económica y generalmente se dedicaban al periodismo o a la enseñanza. Otro tipo de estímulos se reducían a premios anuales otorgados por las universidades o el Estado, pero aclara, posiblemente en referencia a sí mismo, que los mejores intelectuales no habían participado en ellos. Excepcionalmente menciona el caso de los autores de obras de teatro, quienes solían tener éxito entre el público, pero en demérito de su calidad artística o literaria y ganándose varias críticas por ello.

Por consiguiente, tanto en la Argentina como en los otros países latinoamericanos, la actividad científica se desenvuelve en las universidades públicas, por lo que todo hombre de estudio “ha sido, es o será profesor”, afirmación que lo lleva a explicar las condiciones del profesorado universitario y de la universidad en general. A diferencia de lo que ocurría diez o veinte años antes, cuando era frecuente que se contrataran especialistas europeos para la enseñanza técnica, en ese momento el profesorado se reclutaba entre sus egresados, cuya preparación era desigual según las facultades (excelente en Ingeniería y Medicina y mediocre en las demás). La situación económica del profesorado universitarios era mala, por lo que quienes vivían del ejercicio de su profesión, desempeñaban sus cátedras con sacrificio y tenían que dictar en ocasiones varios cursos para alcanzar un salario digno. Esto no le parecía bueno, en tanto generaba una especie de burocracia académica en las Universidades Nacionales de Córdoba, La Plata, Tucumán, Buenos Aires y la del Litoral (de las que dice anexar memorias oficiales en la carta). Dado que en el pensamiento de Ingenieros la burocracia universitaria es sinónimo de aquel parasitismo que aborrece, es lógico que proponga a la Comisión la creación de organismos independientes de los ya existentes fundando, al estilo europeo, una escuela de Altos Estudios y de algunos institutos, destinados unos a formar profesionales y la otra a la investigación pura.

Al abordar el peso que tienen personas u organizaciones extranjeras en Argentina, afirma que su aporte e influencia son esenciales y que sin ellos la cultura científica argentina sería impensable. Igualmente, absurdo sería pensar que Argentina tuviera una influencia en el pensamiento europeo, valorando como un hecho negativo el idioma español (y con ello, sin decirlo, el legado español de la colonia). La única influencia que puede tener, y en pequeña escala, es sobre la vida intelectual de otros países latinoamericanos. A partir de esta posición es entendible la alusión a Buenos Aires como una plaza importante de consumo científico y cultural, donde la difusión de libros y revistas europeas se da muy poco tiempo después de su aparición. Aquí, Ingenieros no pierde la oportunidad para resaltar su percepción de la guerra, al criticar la producción científica europea actual, la cual considera inferior a la precedente a la guerra –un signo más de la crisis.

A esta crítica se agrega otra que se enfoca en las sociedades científicas francesas y alemanas que, al terminar la guerra, habían repartido títulos de socios a intelectuales latinoamericanos, lo cual les había restado autoridad y respeto. Agrega (como dato de posible interés para mantener la hegemonía cultural europea en la región), que algunas fundaciones norteamericanas habían intentado extenderse a América Latina pero que les había resultado adverso el creciente antiimperialismo en la región. Presuponiendo que la intencionalidad de la pregunta realizada por el Comité era la de legitimar una organización internacional para la “alta

cultura”, responde que esto le parece imposible bajo los auspicios de la SDN, pues sería un instrumento de propaganda política de los aliados sin beneficio para el progreso intelectual. La posibilidad de una organización nueva realmente representativa estaría subordinada a la "desmovilización de los espíritus", la cual sólo sería posible cuando hubiesen muerto los intelectuales “perturbados por la guerra” (Ingenieros, *Encuesta...* 9).

Así, más que cuestionar la estrecha vinculación entre Europa y América o el papel subordinado como consumidor de cultura de esta última, la crítica de Ingenieros señala nuevamente al contexto decadente con el fin de legitimar la necesidad de una renovación social que se iría definiendo a medida que se extendiera la revolución social iniciada al terminar la guerra. Retomaba con ello la idea de que el cambio radicaba en el progreso de los ideales y que, para llevarlos a cabo, era necesaria la juventud.

La conferencia

Casi tres años después de realizada la encuesta, Ingenieros viajó, en mayo de 1925, a París, con motivo del homenaje a Jean-Martin Charcot, para dictar una conferencia que a todas luces tenía un carácter científico. Sin embargo, un suceso ajeno hizo que Ingenieros sacara a relucir su prédica antiimperialista, la cual venía alentando desde el discurso que había pronunciado en octubre de 1922. Ese discurso, titulado “Por la Unión Latino Americana”, promovía una integración regional contra el coloso del norte no solo a través de palabras incendiarias de acusaciones, sino también al crear una red latinoamericana por donde circuló rápidamente el mismo discurso (o parte de él) en un espacio geográfico amplio. Ingenieros supo armar una estrategia de difusión exitosa, al generar una corriente de opinión que ponía permanentemente en jaque la política exterior de los Estados Unidos en América Latina. La red que se creó intercambió ideas, bienes culturales (libros y revistas) y favores personales, habiendo creado lazos interpersonales de cooperación que beneficiaron mutuamente a sus integrantes (Pita, *La difusión...* 89, 106). Esta prédica aprovechó la red creada y lanzó en enero de 1923 el *Boletín Renovación*, el que durante casi tres años nucleó a un grupo antiimperialista que fundó, en marzo de 1925, la organización llamada La Unión Latino Americana (Pita, *La Unión...*).

Así, y retomando el viaje de 1925, la declaración realizada el 12 de junio de ese mismo año por el secretario de Estado de Estados Unidos (Mr. Kellogg) sobre una disputa con México, provocó un giro inesperado en el viaje de Ingenieros. De pronto, empezó a atender en su hotel a diplomáticos, escritores y estudiantes latinoamericanos (y españoles) que buscaban realizar un acto de “desagravio”. El apoyo de la embajada de México era evidente y así, junto a Ingenieros, se conformó un grupo de autoridades para organizar un acto en el cual nuestro autor se destacó al pronunciar un discurso que excedía el conflicto del momento entre ambos países y apuntaba contra el monroísmo y el panamericanismo. Pocos días después se realizó el acto de protesta (29 de junio), el cual congregó a numerosas personas en torno a reconocidos oradores latinoamericanos como Ingenieros, José Vasconelos, y españoles como Miguel de Unamuno (Plotkin, 291-294).

En el interín de ese agitado mes de junio, Ingenieros recibió otra invitación de parte de la Federación Internacional de Universitarios Pro Sociedad de las Naciones, para hablar en la Universidad de La Sorbona sobre su punto de vista acerca de esta organización. Para el grupo, entre quienes figuraban Vicente Martínez Cutiño y Carlos Quijano, Ingenieros era una figura reconocida y admirada, a quien denominaban “Maestro de América” (Plotkin, 292). Al igual que en el caso de la encuesta, Ingenieros utilizó este evento para difundir en medios argentinos su discurso “Ante la Sociedad de las Naciones”, el cual fue reproducido y publicado pocos meses después en la *Revista de Filosofía (Ante la Sociedad...)*.

El evento, que aparentemente tuvo gran importancia porque se trataba de una “gran manifestación”, se celebró en el Anfiteatro Descartes de la Universidad de La Sorbona el 15 de

junio de 1925 y fue presidido por el rector de dicha institución. Tras agradecer la invitación, Ingenieros aclaró que, si bien la “solemne ceremonia” estaba destinada a “examinar la comunidad de ideas de las Repúblicas de la América Latina y de la Sociedad de las Naciones”, él hablaría desde la posición del escritor para expresarles lo que pensaba “una minoría culta de nuestra América”. Con ello mantenía sin fisura alguna el tono elitista y meritocrático al que estaban acostumbrados sus textos, pero agregaba una variante que se incluía desde el discurso de 1922 y, sobre todo, en la prédica del *Boletín Renovación* de los siguientes años: el cuestionamiento sistemático a un cierto tipo de diplomacia oficial que oficiaba al servicio del imperialismo estadounidense. Por ello, no es extraño que Ingenieros advirtiera que hablaría fuera de “convencionalismos diplomáticos y representaciones de Gobierno”, lo cual era evidente porque él no gozaba de ninguno de estos cargos en la función pública. El aclararlo entonces no significaba poner en evidencia una obviedad, sino aprovechar el escenario para organizar la crítica (Ingenieros, *Ante la Sociedad...* 161).

Al inicio del discurso lanzó tres preguntas a los miembros del auditorio: porqué eran o no partidarios de la SDN, si consideraban que la organización tal como se encontraba en ese momento era satisfactoria y cuáles serían las tendencias que esperaban, como latinoamericanos, que primaran en ella. En respuesta, remitía a los puntos de vista de la ULA, institución que había sido fundada pocos meses antes en Buenos Aires por universitarios que buscaban desarrollar una “política espiritual” que unificara “las aspiraciones de la joven generación de nuestro continente”. Así, aunque los fines de ambas organizaciones parecían ser concurrentes, existía una gran diferencia: la SDN nació “tendenciosa e imperfecta”, por lo que debía redimir gradualmente “sus pecados originales” superando las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, y, sobre todo, la firma del Tratado de Versalles.⁵ Era indispensable renovar el derecho internacional, porque en él prevalecían viejos principios y procedimientos, para que “la impericia y los prejuicios de los gobiernos no puedan en el porvenir comprometer la paz de los pueblos” (Ingenieros, *Ante la Sociedad...* 162).

Este panorama, afirmaba, podía modificarse en un futuro cercano si la organización internacional rectificaba su rumbo “hasta hacerla convergir nuevamente hacia sus ideales”. Desde una postura más radical que en el cuestionario, Ingenieros afirmaba que, si la SDN deseaba obtener el apoyo de América Latina, debía “frenar los abusos inmorales de la violencia imperialista”. Una vez que lo hiciera podría prestar un gran servicio a nuestro continente y a la humanidad en general porque era evidente que la posguerra había exacerbado los problemas sociales y resultaba indispensable que organismos como éste favorecieran reformas para que existiera una mayor justicia en los pueblos. En este sentido, los países americanos no pueden estar separados de la renovación jurídica que se está efectuando en todos los “pueblos civilizados”. Deben incorporar el “punto de vista americano” para que sean escuchados en el organismo internacional como iguales (Ingenieros, *Ante la Sociedad...* 163).

Para ello, era indispensable una reforma educativa desde los primeros grados hasta los superiores, para darle un “sentido moral y social” que permitiera armonizar los pueblos, lo que requería eliminar la política del régimen administrativo, otorgando estos puestos a los verdaderos profesionales de la enseñanza. Como vocero de la ULA y ésta, a su vez, de “miles de profesores y estudiantes”, espera que la federación estudiantil anfitriona del evento reflexione sobre estas ideas que “están dispuestos a sostener inflexiblemente”, porque representa el pensamiento de una joven generación en el continente dispuesta a dar su apoyo a

⁵ En las páginas de *Renovación* se realizó una crítica sistemática a la Sociedad de Naciones, al acusarla de cómplice de las potencias, lo cual para los editores quedaba claro con la firma del Tratado de Paz que dio fin a la contienda. Entre otras cosas, acusaban a dicho organismo de ser un títere de los intereses de Estados Unidos, y de aceptar que se colocara en su carta fundacional un artículo que aceptaba la Doctrina Monroe (Ver Pita, *La Unión...*, 81,137 y 140).

la SDN siempre y cuando “acoja nuestro punto de vista latinoamericano como un complemento necesario de los puntos de vista puramente europeos”. Para ello era necesario primero que América Latina se convirtiera en una sola “nacionalidad continental”, puesto que sin esa integración los latinoamericanos no podrían tener el derecho de “hablar en voz alta, entre las grandes naciones del mundo” ni menos aun tener peso como iguales “en la futura balanza del derecho internacional” (Ingenieros, *Ante la Sociedad...* 162-163).

Conclusión

La respuesta al cuestionario que hemos analizado se integra a un universo de pensamiento más amplio donde viejas preocupaciones se actualizan en el marco del interés suscitado por la cooperación intelectual internacional de entreguerras. Ingenieros emite sus juicios desde el lugar convalidado por su saber, y se posiciona frente al poder político que representaban el Comité, en tanto que organismo de la SDN, y esta última, como dependiente de las grandes potencias. Escapó intencionalmente a lo propuesto en cuanto a límites geográficos (al responder en nombre de América Latina y no solo de Argentina) e históricos (al situarse más en el presente-futuro que en el pasado-presente que sugería el balance solicitado).

La respuesta a la encuesta fue una excusa para visitar el juvenilismo, visto ahora en relación con la Gran Guerra Mundial como un parteaguas histórico, al delimitar histórica y socialmente el inicio del fin de una política parasitaria que carcomía a la humanidad desde sus entrañas. Durante los primeros años de la década de 1920, esta inquietud se mantuvo a través de artículos y libros en los que, de manera directa o implícita, abordó una crítica férrea al viejo y decadente orden político que aún se perpetuaba en la posguerra. Sobre la base de una concepción transformadora de la sociedad como organismo que se encuentra en permanente cambio, consideraba que ese viejo orden debía enterrarse por completo para dar paso a la creación de una nueva humanidad.

Este argumento se mantuvo intacto durante los siguientes años, y apareció en la conferencia dictada en París como una excusa para contraponer el organismo ginebrino a la ULA. Las representaciones más comunes de este período concentradas en el latinoamericanismo antiimperialista se nutren y dialogan permanentemente con su bagaje teórico, donde cientificismo, moralismo y elitismo seguían presentes. El juvenilismo es América mientras Europa es decrepita y vieja, una es dinámica y la otra es decadente, una es portadora del “genio”⁶ y otra es incapaz por sufrir una enfermedad. Es el mismo principio que desarrolló en “Ideales viejos contra ideales nuevos”, pilar que fundamenta en esta última etapa no solo el pensamiento dicotómico basado en un dualismo antagónico sino, desde las escrituras del yo, el carácter moralista del maestro de las juventudes.

Esto no quita que, como afirma Martín Bergel, no puedan entenderse estos discursos de Ingenieros en el marco de una “crisis civilizatoria”, en donde el latinoamericanismo no está exento de –o ajeno a– otro cuestionamiento a nivel mundial. La ruina de esa Europa es para Ingenieros una oportunidad para una “minoría portadora de ideales” en América Latina (Bergel, 137 y 146). De hecho, y como vimos con más claridad en el discurso que pronunció en La Sorbona, América Latina (tanto la ULA como su portavoz) cumple el papel antagónico de Europa, brindando una salida alternativa a la crisis europea.

Por último, queremos resaltar el valor de analizar (y contrastar) este tipo de material documental. Tanto la encuesta como el discurso son textualidades que suelen ser pasadas por alto. Sin embargo, desde la perspectiva de las redes intelectuales ambas nos llevan a comprender las complejas y estrechas relaciones entre intencionalidad y consciencia histórica. Nos llevan

⁶ El genio era para Ingenieros una personalidad excepcional, un héroe cultural que contaba con una superioridad moral y la imaginación creadora (Fernández, 79).

también a pensar las redes, como sugieren Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, en la forma de una mediación por la cual un grupo interactúa a partir de un discurso político (de oposición, fuertemente ideologizado), a fin de organizar un “consenso estratégico” (Maíz y Fernández Bravo, 21).

Obras citadas

- Bergel, Martín. “América Latina y las crisis civilizatorias: Ingenieros, Mariátegui y Vasconcelos”. *Nueva Sociedad*, 288, julio-agosto 2020, pp. 136-147.
- Fernández, Cristina Beatriz. *José Ingenieros y las escrituras de la vida. Del caso clínico a la biografía ejemplar*. Mar del Plata, Eudem, 2000.
- Fernández, Cristina Beatriz y Carla Galfione. *La Revista de Filosofía, cultura, ciencias y educación. Índice y aproximaciones a un proyecto editorial*. Buenos Aires, CeDInCI editores, 2021.
- Halperín Donghi, Tulio. *Vida y muerte de la República verdadera*. Buenos Aires, Prometeo, 2000.
- Ingenieros, José. “Encuesta sobre Cooperación Intelectual”. *Revista de Filosofía*, año IX, núm.4, julio 1923, pp. 1-11.
- Ingenieros, José. “Ante la Sociedad de Naciones”. *Revista de Filosofía*, año XI, núm.5, septiembre 1925, pp. 161-163.
- Kolasa, Jan. *International Intellectual Cooperation. (The League experience and the beginnings of UNESCO)*. Polonia, *Trabajos de la sociedad des sciences et the lettres de Wroclaw*, 1962.
- Maíz, Claudio y Álvaro Fernández Bravo. “Introducción: los sistemas de religación en la literatura”. *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Pita, Alexandra. “La difusión de un discurso latinoamericanista y la creación de una red intelectual, 1922-1924”. *Redes intelectuales transnacionales durante la entreguerra*, comp. por Alexandra Pita. México, Miguel Ángel Porrúa / Universidad de Colima, 2016.
- Pita, Alexandra. *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales durante la década de 1920 en América Latina*. México, El Colegio de México y la Universidad de Colima, 2009.
- Pita, Alexandra y Paula Bruno. “Definiendo su propia emoción. Una lectura de *El hombre mediocre* de José Ingenieros”. *Estrategias del pensar. Ensayo y prosa de ideas en América Latina Siglo XX*, coord. por Liliana Weinberg. México, UNAM, 2010, pp. 189-229.
- Plotkin, Mariano Ben. *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*. Buenos Aires, Edhasa, 2021.
- Tarcus, Horacio (dir.). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la “nueva izquierda”, 1870-1976*. Buenos Aires, Emecé Editores, 2007.
- Terán, Óscar. *José Ingenieros. Antiimperialismo y Nación*. México, Siglo XXI, 1979.
- Valéry, Paul. *Por una sociedad de los espíritus. Correspondencia*. París, Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, 1933.